

EL CVENTO AZUL

40
cts



S y J. ALVAREZ QUINTERO

La madrequita

Ayuntamiento de Madrid



LA MADRECITA



EL CUENTO AZUL

LA MADRECITA

Cuadros de costumbres

POR

S. Y J. ALVAREZ QUINTERO

Ilustraciones de
M E L

3

PRENSA MODERNA



A. Aguilera, 58

Madrid

Apartado 8.012

En el próximo número:

El Judas de la casa

POR

Antonio de Trueba

La madrequita

A GONZALO BILBAO

I

ELLA Y EL



*Tus ojos y mis ojos
se han enredao
como las sarsamoras
en los vayaos.*

Isabel sacó a la puerta de su casa una silla y se sentó a esperar al novio.

Desde allí veía a sus tres sobrinillos, jugando con otros camaradas infantiles en la plazoleta cercana. Sus voces alegres y sus cantares llegaban hasta ella como un eco de sana alegría.

La tarde era tibia y serena; de otoño sevillano.

Doña Angustias, la vecina de enfrente, que se habla asomado a su balcón muy puesta de bata y con más harina en la cara que el pescado antes de freírse, la saludó con afabilidad y simpatía:

—Isabelita, buenas tardes.

—Téngalas usted muy buenas, doña Angustias.

—¿Has visto qué tiempo, hija mía? Da gloria respirá.

—Verdá que da gloria. Yo por eso me he salido a la puerta—y mirando hacia el extremo izquierdo de la calle, añadió: —Está la tarde pa queré.

Doña Angustias soltó la risa. Luego suspiró con nostalgia. Admiraba a Isabel y la quería como si la hubiera echado al mundo. Pero ¡qué más habría deseado ella! La miei de himeneo nunca rozó sus pintados labios.

Verdaderamente, Isabel merecía el cariño y la admiración, no ya de doña Angustias, sino del barrio entero. La gracia y la serenidad de su alma parecían dar equilibrio a su persona. Era su cuerpo fino, de curvas delicadas, como modeladas con amor. Acaso un amante de la belleza clásica notaría cierta leve desproporción en su seno cándido y virginal; pero esto, en ella, no parecía defecto. Sus ojos eran negros y apacibles; su frente, blanca; gracioso y dulce todo el conjunto de su rostro, de suave resplandor, como el cielo de aquella tarde.

Doña Angustias, persona de pintoresco estilo, le había dicho mil veces:

—Hija mía, ya se ve que tu padre se ha ganao la vida copiando en el Museo la Virgen de la Serviyeta.

Siguió el palique entre las vecinas:

—De espera, ¿eh?

—De espera.

—¿Y vendrá?

—¡Digo! ¿Qué otra cosa tiene que hasé?

—Tú, por sí o por no, te has compuesto.

—El arreglarse no es compostura.

—¿Es nuevo ese vestido?

—Lo parese. Es del año pasado; sino que le he

añadido este faralá, que lo anima mucho. Hay que tené malisia.

Malicia o sencillez, compostura o arreglo natural, ello era que se había puesto un traje rosa, un pañolito blanco de talle y unos zapatitos de charol, que eran tres primores en uno. Y como la clase social a que pertenecía se daba la mano con el pueblo, modesta siempre, y con un buen gusto instintivo, mejor que pasar por una señoritinga cursi—así decía ella—de las de

*mucha parola,
y el puchero a la lumbre
con agua sola,*

prefería parecer una artesana primorosa y bien acicalada.

Doña Angustias, en creciente admiración por la niña, cortó un clavel de una de las macetas que eran gala de su balcón, y se lo arrojó sonriente. El clavel fué a caer en la falda de la muchacha. Hizo lo que debía.

—Gracias—dijo ella entre alegre y ufana. Y con un solo movimiento lo prendió en sus cabellos negros.

—¿Y cuándo, cuándo...?—volvió a interrogar la vecina.

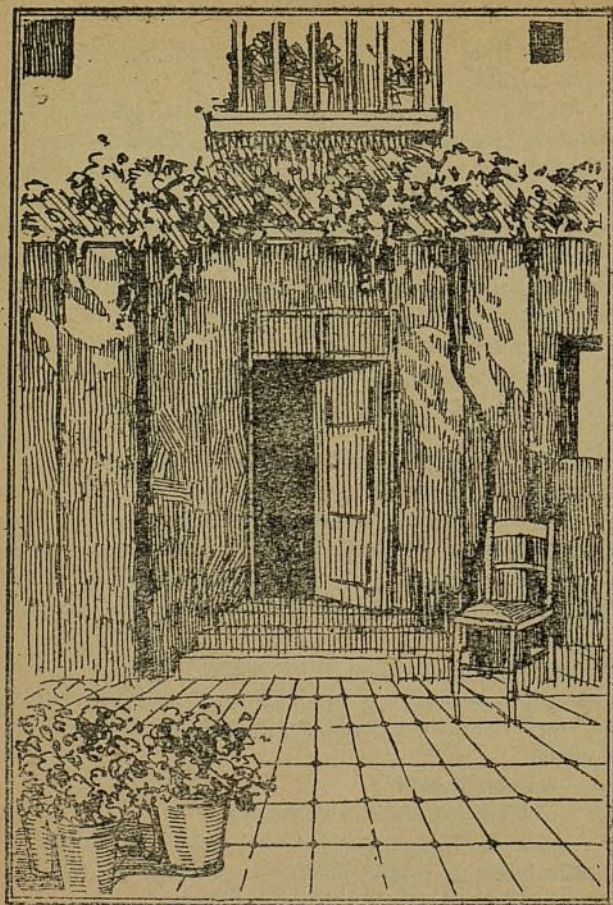
—¿Cuándo qué?

—Ya me entiendes tú demasiao.

—¡Ah!—respondió Isabel, que estaba al cabo de la calle desde el primer cuándo—. Ni él ni yo tenemos prisa. Con charlá nos basta por ahora.

—¿Con charlá?—respondió muy sorprendida doña Angustias. Después se le nubló el semblante.

—Isabel, ¿tú qué edá tienes ya?



La silla a la puerta, para esperar al novio.

—Para mayo hago los dies y nueve.

—Totá: dies y ocho.

Y al decir lo de diez y ocho soltó la señora tal suspiro, que parecía que cambiaba el tiempo.

Por el extremo izquierdo de la calle, que era angosta y larga, por aquel extremo hacia el cual miró Isabelita cuando pensó que estaba la tarde para querer, apareció Fernando, su novio. Al verse, la sonrisa coincidió en las caras de ambos enamorados.

Venía el muchacho, a su parecer, como para dejarse mirar por su novia: traje de americana azul, bota clara y sombrero de ala ancha gris; de suerte que caminaba hacia ella con un aire de presunción satisfecha perfectamente disculpable.

Era Fernando Alfaro, a quien sus amigos llamaban Alfarito, un mozo de hasta edad de veinticinco años, simpático y despierto, de ojos negros, bigote negro y cabello negro también, que destacaban contrastando en la palidez de su semblante. De buena estatura y de movimientos airoso y finos ademanes, hallábase el hombre un poquillo pagado de su figura, y aun —¿por qué no decirlo?— orgulloso de su labia y de su gracejo.

Sus padres tenían dos cosas que hacer en esta vida: cuidar de un establecimiento, que era toda su hacienda, en el cual se vendían molduras para cuadros, lienzos para pintar, tubos de colores y demás enseres y trebejos necesarios para el arte divino de Velázquez, y cuidar asimismo de limpiarse el uno al otro la baba cuando Fernando, su único hijo, se hallaba en su presencia, o cuando algún amigo les decía simplemente que lo había visto por la calle.

Fernando, por su parte, no tenía mucho más que

hacer. Su misión estaba reducida a querer más que a nadie a los viejos—como a sus padres les decía—y a querer a su novia tanto como a los viejos, bien que de muy distinta manera. Ni más ocupación, ni más quebradero de cabeza, ni más ideal terreno ni ultraterreno. Era aficionado a los toros, y a los caballos, y al canto popular andaluz, y un poquito a la juerga, y otro poquito al vino, y otro poquito a los gallos ingleses; pero ninguna de estas aficiones llegó jamás a apasionarle ni a turbar, por lo tanto, su vida regalada y tranquila.

Se acercó a Isabel, que lo había visto avanzar embobada de pura dicha, y quitándose el sombrero con sorna le preguntó, como si fuese un forastero extraviado en la revueltas encrucijadas de Sevilla:

—Diga usted, niña: ¿la cae del Lirio, cae seca de aquí, o será cosa de tomá un coche?

—Yo no puedo contestarle a usted, porque soy de pueblo. Pregúnteselo usted a un munisipá.

—¡Vaya por Dios! Es desgrasia la mía.

Y encarándose con doña Angustias, que contemplaba la escena con los dientes largos, tornó a preguntar:

—¿Usted sabe si cae por aquí la cae del Lirio?

—No, señó; esa cae está por otro barrio.

—¿Por cuál?

—Por el barrio de la guasa viva.

El golpe de ingenio realmente inesperado de doña Angustias, determinó que los tres a una soltaran la carcajada, que resonó en la soledad de la calle. Isabel entonces entró en su casa por una silla para él, y colocándola pegadita a la suya le dijo:

—¡Qué clase de guasa traes tú hoy! Siéntate ya, martirio.

Y dicho y hecho. Se sentó él, se sentó ella, y se miraron un instante poniendo en sus ojos toda la dicha que sentían. Doña Angustias—¿qué iba a hacer la pobre?—se consagró a decirle cosas tiernas a un loro que tenía en el balcón de junto y que se había pasado la tarde dando volteretas por la jaula, articulando sonidos raros y de un humor de perros. Un loro enfadado es el ser más cómico de la Creación, por lo mucho que recuerda al hombre.

El palique de los novios empezó animado y ligero. La voz de ambos oíase claramente, pues lo que se decían no tenían por qué recatarlo. Poco a poco, a medida que se iban caldeando los corazones al recibir el fuego de los ojos y de las palabras amorosas, instintivamente se acercaban el uno al otro y hablaban más bajo. De cuando en cuando, la fresca risa de Isabel saltaba en el misterioso cuchicheo. Llegaron a abstraerse: ni veían ni sabían de más mundo que aquel pedacito de acera en que ellos estaban, ni soñaban con más felicidad que la presente, deleitándose en paladear embelesados la miel de un cariño que juzgaban inmutable y eterno. Ni vieron a unas chiquillas que por allí pasaron riéndose de los dos, ni oyeron la despedida afectuosa de la vecina al retirarse, ni advirtieron que moría la tarde y que en el cielo puro y transparente principiaban a brillar estrellitas, ni se dieron cuenta de que se les había acercado el padre de Isabel hasta que lo tuvieron delante un buen rato.

—Pero niños, ¿ustedes saben qué hora es?

—¡Don Antonio!

—¡Papá! Siempre nos sucede lo mismo.

—Ya, ya. Anda, yégate por esos diablijos a la pla-

soleta, y vamos a comer, que ya es hora. ¿Tú nos quieres acompañar, Fernando?

—Gracias, don Antonio.

—Pues hasta mañana.

—Hasta mañana.

Entró en la casa el padre de Isabel.

—¿Vendrás luego?—le preguntó a su novio ésta con el afán de quien apenas ha empezado a decir palabras de cuantas ansiaba decir, no obstante la *pava* de dos horas.

—¡Ya lo creo!—le contestó él—. Tengo que desirte una cosa que nunca te he dicho.

—Dimela antes de irte.

—Luego, luego.

—No me dejes con la curiosidá.

—Siempre ha de sé tu gusto—replicó Fernando contemplándole. Y después, seguro de que se admiraría su salida, y porque cuidaba siempre lo agradable de la última impresión, añadió:

—El día que tú me des un beso, me pongo un fanalito en la boca.

Se estrecharon fuertemente las manos, y él echó a andar mientras ella reía, ocultando en la risa el rubor.

—Verdá que no me lo había dicho nunca—pensaba la mocita viéndolo alejarse. Y cuando volvía de la plazaleta con sus tres sobrinillos:

—Tiene mucha razón doña Angustias: estamos los dos pa que nos llien en un papé como a los caramelos.



II

DON ANTONIO Y SU CASA

*No tengo padre ni madre:
¿dónde me arrimaré yo?
¿No habrá un pechito en er mundo
que quiera darme caló?*

Don Antonio Jiménez, el padre de Isabel, era un viejo bonachón y simpático, de menuda figurilla y barbas y bigotes blancos y revueltos, requemados por el tabaco. Usaba gafas desde su mocedad, que no se quitaba sino para acostarse, y era en su vestir desaliñado y poco cuidadoso, condición que desesperaba a su hija.

En los ojos cansados de aquel buen hombre, que relucían tenuamente detrás de los cristales de sus gafas como dos pececillos inquietos; en su frente, llena de profundas arrugas; en su rostro todo, había una huella de dolor resignado. Don Antonio arañaba ya en los sesenta inviernos, y bien sabe Dios que tuvo la vida para él más de valle de lágrimas que de campo de flores.

Era, como se ha dicho, pintor. Necesidades de su casa le llevaron muy niño a copiar en el Museo de Sevilla los lienzos de Murillo y de Zurbarán, y allí quedaron presas sus aficiones y como ahogadas sus aptitudes, que tal vez sin aquella cotidiana tarea impuesta en la niñez, no como recreo para el espíritu, sino como trabajo penoso, habrían volado por cuenta propia, y quién sabe con qué rumbo y hasta qué altura. Ello fué que se quedó en copista, y que según él mismo afirmaba, con satisfacción en que había mucho de gratitud hacia el ingrato oficio, este o aquel cuadro de Murillo (*La Anunciación*, *La Virgen de la Servilleta*) los había copiado más de setenta veces.

Cuando los encargos de copias escaseaban, ayudábase don Antonio con pinturas originales, reproduciendo una y otra vez en azulejos la Torre del Oro y la Giralda. Los vendía muy baratos, y singularmente en época de fiestas se los llevaban los extranjeros a manos llenas. Siempre que pasaba don Antonio por delante de alguna de las dos torres, se quitaba humorísticamente el sombrero. Ya sabemos que era hombre agradecido.

Las copias, pues, los azulejos, y de cuando en cuando tal cual lección a algunas señoritas de estas que sienten arder en su alma el puro anhelo de pintar a la perfección melocotones y ostras, dábanle al buen don Antonio para ir tirando de su vida y de la de los suyos, ya que no para regalarse ni regalarlos.

Las comadres del barrio jurarían que Jiménez ahorra, y que todos los meses metía bajo tierra una moneda de cinco duros. Por desgracia, esto no pasaba de fantasía. Vivía con estrechez, en una casita de dos

pisos, que de puro modesta bien podría llamársele pobre.

Tuvo la mujer de nuestro artista la mala ocurrencia de morirse cuando más falta hacia en la casa; esto es, cuando las dos hijas que dejó empezaban a convertirse de capullos en rosas. La mayor, Remedios, se enamoró a los quince años apenas cumplidos de un novillerillo sinvergüenza, pendenciero y borracho, y se enamoró con tal ahinco, que no fueron bastantes a abrirle los ojos y a desengañarla ni consejos dulces ni amenazas duras. Seis meses se pasó la niña encerrada en su cuarto, sin hablarle a ninguno de la familia, y ocupada sólo en escribirle cartas al torero y en leer las que, dictadas por éste, le escribía su apoderado a ella. En resumidas cuentas, que contra viento y marea hubo que casarlos para evitar males mayores; es decir, mayores escándalos, que no es precisamente lo mismo.

A los tres años mal contados de vivir con su dulce esposo, había la niña echado al mundo tres criaturas muy monas, y tenía los colores muertos, la salud perdida y señalado el cuerpo de las palizas con que el animal del novillero pagaba aquel amor que la condujo al sacrificio. Don Antonio, el templado y bueno de don Antonio, que lloraba en silencio tanta y tan amarga desventura, llegó a pensar muy seriamente en pegarle un tiro a aquel bribón, ya que era absurda la contingencia de una cogida que lo mandara al otro barrio, porque el desvergonzado aprendiz de Costillares se ponía siempre a respetable distancia de los cuernos.

La Providencia, la casualidad o lo que fuese libró de aquel cuidado al infeliz padre, bien que a costa de

un gran dolor. El torerillo desapareció de la noche a la mañana, abandonando a su mujer y a sus hijos, y la pobrecita Remedios murió al año siguiente, jurándoles a todos que si hubiera visto un momento no más al que fué su verdugo, habría muerto contenta, o tal vez habría cobrado nuevo aliento para vivir.

Recogió el abuelo a sus tres nietos, e Isabel, que a la sazón contaba diez y seis abriles, por soberano impulso de su corazón y por un misterioso instinto de madre que llenaba todo su ser, echó sobre sí, de la manera más natural y sencilla, la pesada y trabajosa carga de cuidar y educar a los huerfanitos, como si fuese un sagrado deber que a ella sólo correspondía. Ni pensó en otra solución, ni quiso que se hablara de ella: se erigió en madrecita y aceptó satisfecha cuantos dolores, afanes y trabajos traen consigo los hijos propios. ¡Oh, qué reparador bálsamo fué éste para la abierta herida que sangraba el corazón del pobre copista de las Concepciones!

Los chiquillos eran tres: Luisito y Paco, el mayor y el segundo, y Rosita, que no levantaba un palmo del suelo. Los tres habían salido a la madre: quiere decirse con esto que eran bonitos. Luisito, el primogénito, tenía la piel de Barrabás; pero no era temible, porque siempre que estaba ideando una travesura se ponía bizco sin querer, y ésta era la señal para vigilarlo. Paco era más pacífico, si bien de una arrogancia graciosa y de un desaforado afán de pintarrajear puertas y paredes.

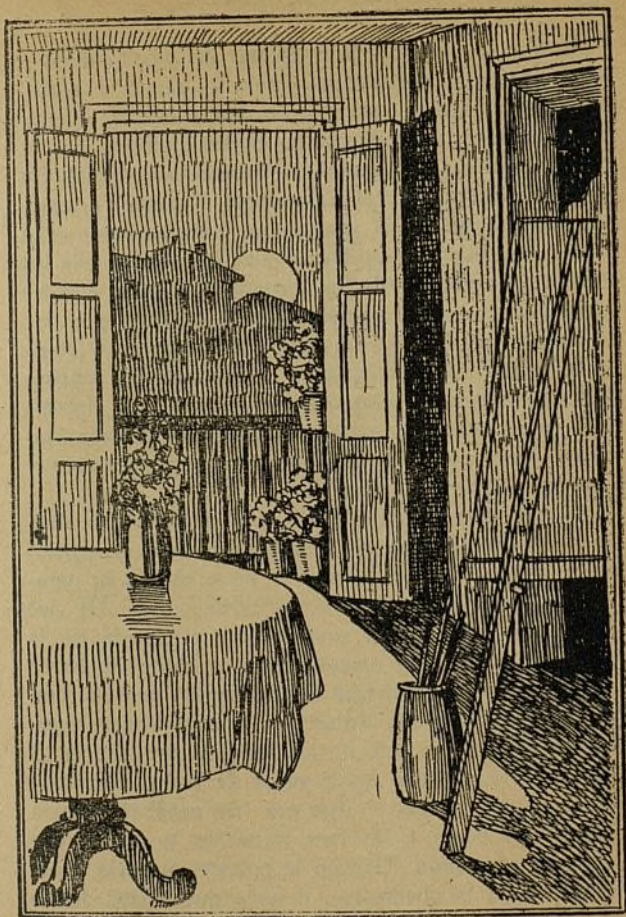
—Este demonio tiene a Muriyo en la barriga—solía decir la madrecita, refiriéndose a aquel muñeco, mientras encalaba pacientemente todos sus prodigios artísticos.

che a
os, y
urán-
o no
ta, o

que a
erano
to de
de la
ajosa
no si
ndía.
a de
uan-
hijos
para
obre

ayor
o del
de-
ogé-
ible,
a se
vigi-
gan-
jean

olia
ien-
ar-



Una casita modesta, mejor dijérase pobre.

Rosita, la última, era lindísima: de cabello rubio y ojos negros o *remendada*, como se llaman por allí, *vivaracha*, inquieta, preguntona hasta fatigar, charlatana, embustera, graciosísima, en una palabra.

Era cosa de ver a Isabelita bregando con ellos. Su pequeña figura parecía agrandarse y crecer en aquella augusta misión de madre, que amorosamente echó sobre sus pocos años. Ella los lavaba y vestía; ella los llevaba al colegio; ella los tornaba a la casa; ella les daba de almorzar y comer; ella era mediadora en las refriegas de los dos mayores, que siempre andaban a la greña; ella les zureía y remendaba las ropitas; ella los embozaba con cuentos maravillosos, frescos aún en su imaginación de niña; ella les enseñaba oraciones pueriles para que se durmieran santamente; ella les arrullaba el sueño...

Hoy de ésta, mañana de la otra, de todas las escenas infantiles participaba como espectador el abuelo; pero había una, tan graciosa y pintoresca a su parecer, que era el cuadro de su predilección. ¡De qué buena gana lo habría pintado! En el cuarto de la plancha, junto a la azotea, tenía Isabelita un barril vacío—resto de un regalo de manzanilla que un comprador le hizo a don Antonio—, el cual, convenientemente abierto por uno de los lados y apoyado en el suelo sobre el otro, hacía veces de baño. Llenábalo de agua del tiempo; si éste era frío echábele alguna caliente, y ponía a los tres chiquillos lo mismo que vinieron al mundo. Trabajo le costaba las más veces reducirlos a la obediencia, y tenía que correr detrás de ellos dando vueltas al cuarto; pero no había modo de escapar: al fin los cogía, y uno detrás de otro eran fregoteados con verdadera saña. Lloraba y patalea-

ba, por lo regular, el que estaba dentro del barril, mientras los otros se reían de verlo, hasta que, naturalmente, les llegaba también su turno de llanto y de protestas. Después, pasado el mal rato, ella misma los enjugaba y los vestía de limpio, y los hartaba de caricias y fiestas, y les hacía cosquillas para que se riesen, y hasta les daba algunos cuartos para caramelos y avellanas. Don Antonio sentía a par del alma no tener la paleta de Velázquez.

Así creció la madrecita, y así crecieron aquellas criaturas de Dios. Cuando la hemos visto ir a la plazoleta por ellas, lleno el corazón de felicidad, Luisito, el mayor, tenía seis años. Al entrar en el comedor con algazara y risas, ya el abuelo los aguardaba sentado a la mesa.

—¡Juana!—gritó al verlos entrar—. Ve trayendo la sopa.

Y a poco, de la cocina contigua salió, cazuela en mano, una vieja.



III

DEL OTOÑO A LA PRIMAVERA

*Males que acarrea el tiempo,
¡quién pudiera penetrarlos,
para poner el remedio
antes que yegara el daño!*

Una tarde, ya muy avanzado el otoño, cuando de los árboles secos apenas caían algunas hojas que prestaran música al viento, llegó don Antonio a su casa todo mohino y cabizbajo. Se encerró en su alcoba, y por los cristales del balcón estuvo contemplando, abstraído, la triste serenidad del crepúsculo, viendo al sol que moría entre nubes rojas. Del fondo de su pecho cansado se escapó un suspiro largo y ardiente, que empañó uno de los cristales. Tan ensimismado se hallaba, tan preocupado y melancólico, que no oyó a los nietos que lo llamaban a la mesa. Isabel tuvo que ir a buscarlo.

—Papá, ¿pero no vienes?

—Es verdad, hija mía.

—¿Qué te pasa? ¿Qué tienes tú?

—Nada—contestó el viejo, tomándole la cara con mimo—. No tengo nada. Vamos al comedor.

La comida fué menos alegre y bull'ciosa que de ordinario. Don Antonio se distraía con frecuencia, no prestaba la atención de siempre a los dichos y diabluras de los chiquitines, y cuando quería sonreír, por disimulo, no acertaba a disimular.

Isabel pensaba:

—¡Vaya si a ti te pasa algo!

Aquella noche, acostando a Rosita, que era la que más le daba que hacer, porque le gustaba correr en camisilla por la alcoba antes de meterse en la cama, y porque ya en ella parecía que le ponían trancas en los ojos y no quería dormirse, pasó por la frente de Isabel una idea siniestra, la única que le espantaba en el mundo. "¿Preocuparía a su padre, quizá, que hubiese aparecido impensadamente en Sevilla el maldito esposo de su hermana? ¿Se llevaría a los niños que, según le había dicho don Antonio mil veces, le pertenecían y podía reclamarlos por ley?" Llena de zozobra, aguardó a que se durmiese la niña. Se acercó luego a la ventana, donde la esperaba impaciente su novio, y le dijo que andaba algo malucha y que iba a acostarse. Despidiéronse hasta el siguiente día, que era domingo, y habían de verse en misa de doce, y subió al comedor. Don Antonio, ajeno a la visita, meditaba sentado y con la cabeza caída sobre el pecho.

—¿Qué traes?—le preguntó al verla, esforzándose por aparecer indiferente y tranquilo.

—¡Qué traigo! ¡Qué traigo! Que me tienes que contó lo que te susede, papaíto.

—¡Pero chiquiya!...

—No hay chiquiña que valga. Esa no es tu cara. Te ocurre algo, y algo malo. Si no me lo dices me echaré a pensar disparates. Anda, dímelo, tonto; dímelo—añadió, besándolo en la frente.

Fué aquel beso de la muchacha como sol que cae sobre la nieve y la deshace en agua. Se echó a llorar el viejo como un chiquillo, y entre lágrimas le decía a su hija, para que no se alarmase demasiado al verlo así:

—No te apures, no te apures. Ahora te contaré.

—¿Se yevan a los niños, papá?—fué lo primero que preguntó Isabel, respondiendo al secreto espanto que le había asaltado en la alcoba.

—No, no, ¡qué desatino!—replicó el padre, secándose los ojos.

—¿Entonses...?

—¡Ay, nena mía! No te asustes, que no se yevan a tus niños: nadie los quiere más que tú y más que yo. No te asustes.

—¿Entonses...?—replicó Isabel ofuscada, sin que cupiese en su imaginación otra desgracia alguna.

—El que se va soy yo; yo soy el que se acaba y el que te deja. Yo soy el que se muere.

—¡Papá!

—Sí, hija, sí; esto no es de hoy: se viene preparando hase tiempo. No puedo trabajar: me falta la vista, me tiemblan las manos... Hase un mes me devolvieron una copia; hoy me han devuelto otra... Figúrate: si empesamos así... si empesamos así...

No pudo continuar hablando. Rompió a llorar de nuevo. Se le abrazó su hija, que lloraba también, y abrazados permanecieron un rato. El reloj del comedor dió las nueve. Por la calle pasó un chicuelo ento-

nando una canción truhanesca. En la cocina próxima se escuchaba la voz de la vieja amenazando de muerte a un gato.

Repuestos hija y padre de la primera sacudida que les produjo el choque del dolor, hablaron más serenamente. Uno y otra se empeñaban en consolarse, quitándole o no queriendo concederle al caso la gravedad e importancia que en rigor tenía; pero allá en lo íntimo de sus corazones turbados sentían con fuerza toda la negra realidad; comprendían el drama pavoroso que traía consigo la falta de trabajo del viejo, su vista perdida, sus manos temblorosas y torpes.

Y así fué. Llegó el invierno, con su cara dura y su aliento frío, y con el invierno llegó la pobreza a la casa. El talento económico de Isabel era insuficiente para sacar de donde nada había. Se vivió un mes de una trampa que pudo cobrar don Antonio; otro mes se vivió llevando a la casa de préstamos primero los cuadros que nadie había querido, después el reloj del autor de los cuadros, y luego alguna que otra alhaja que dejó la difunta, recuerdos de la funesta boda.

Fernando, el novio de Isabel, ignoraba esta angustiosa crisis. Cuidó ella primero de ocultársela como un delito, por delicadeza instintiva; después una larga ausencia del mozo siguió haciendo fácil el engaño, que de otra manera no habría podido prolongarse. Se escribían diariamente cartas llenas de cariño, de promesas tiernas, de palabras de miel, de ilusiones locas... ¿Con qué derecho la tristeza de la vida ordinaria y prosaica había de alborotar, enturbiándolas, las aguas serenas y limpias de aquel arroyito en que se miraban los enamorados?

Buscó trabajo don Antonio fuera de su arte: quiso

el pobre viejo protestar contra aquella dolorosa impotencia, más amarga que su vida entera. Pero ¿adónde iba un hombre con sesenta años a la espalda, las barbas blancas, el cuerpo vencido, los ojos ciegos, los brazos inhábiles?... De puerta en puerta le dijeron: "Perdone usted por Dios."

A doña Angustias, la vecina afectuosa y dicharachera, le tocó un premio a la lotería, y *con las mismas*, según frase suya, fué y le hizo un regalo a su idolatrada Isabel.

—Hija de mi alma, yo quisiera que el Arcasa fuera mío, na más pa regalártelo; porque te lo mereses to, to, to.

Aquel dinero cayó como agua de mayo, y fué un respirillo en la casa. Pero ¡ay! no más que un respirillo. El horizonte estaba lleno de sombras; la luz de la aurora no asomaba por ninguna parte.

Una mañanita temprano, tendiendo la madrecita en la azotea algunas ropas de los niños, en que los zurcidos y remiendos lo eran todo, trajo el aire hasta ella el primer aliento de azahar de aquel año. La niña pensó:

—¡Qué triste vienes, primavera!



IV

SAETAS

*Mira una rosa e pasión:
cuéntale siete puñales,
una corona de espinas
y tres clavitos mortales.*

En la tarde del Jueves Santo hubo en la casa de don Antonio larga llantina de la gente menuda. Querían los niños haber ido a ver las cofradías con su tita Isabel, y ésta se había opuesto a llevarlos porque no tenían ropa decente. Habló el abuelo de que viesen las que salen de madrugada, ya que de noche todos los gatos son pardos, y la oposición de Isabel fué entonces más tenaz y firme que lo había sido antes. Sucedió, pues, y en resolución, que se quedaron en casita llorando a moco y baba, y protestando, cada cual con sus medios propios y peculiares, de aquel mal trato de que por primera vez los hacía víctimas la madrecita.

Tenía su camita la pequeñuela en el piso bajo y en la misma alcoba que Isabel; y algunas noches, pretext-

tando miedos terribles, o porque verdaderamente los sentía, le pedía a la tita por Dios que se la llevase a su cama. La del Jueves Santo fué una de ellas. Cedió Isabel a los deseos de la mocosa: acostóla, arropóla bien, y arrebujándose en un mantoncillo se le sentó a la cabecera.

—Acóstate tú, tita. ¿No te acosta tú?

—Ahora, ahora. Yo no tengo sueño todavía.

—Oye.

—¿Qué?

—¿Cuándo resusita er Señor?

—El sábado.

—¿Y matan a todos los judíos?

—A todos; no se escapa uno.

—¿Y er Señor sube ar sielo?

—Sí.

—¿Por dónde?

—Por una escalerita de plata que le ponen los ángeles.

—¿Cuá ángeles?

—Los ángeles, mujé. Duérmete y no preguntes más.

Inútil: siguió preguntando por Jesús y su Madre, por San Pedro y San Pablo, por el Sol, por la Luna, por las estrellitas del cielo y por qué pegaban tiros el sábado de Gloria. Cuando Isabel vió que dormía, sin moverse de donde estaba, para que no se despertase y reanudara el disparatado interrogatorio, reclinó la linda cabeza sobre la cama y entornó los cansados ojos, mitad como si buscara reposo y quietud, mitad para mejor recogerse en sí misma y entregarse a sus pensamientos.

Por su frente, blanca como faja de luna, pasaban confundidos los gratos recuerdos de aquellos días en

que su paz era completa y su dicha segura, y las amargas impresiones que desde hacía algún tiempo combatían su espíritu atribulado. No acertaba ella a razonar tan tremenda mudanza, ni quería aceptarla como si fuese un castigo del cielo; porque ¿qué mal había hecho en el mundo la pobre niña para ser sometida a tan dura prueba? Pedíale a Dios fuerzas para llevar su cruz sin caer en el camino un momento; esperanza, siquiera fuese remota, de paz y bienestar futuros, y muy secretamente pedíale también que en los trabajos y fatigas de la vida que ya había comenzado para ella, en la miseria y en las privaciones, su cuerpo no se deformara y sus colores no se marchitasen.

¿Y Fernando? ¿Qué pensaría Fernando? ¿Qué haría cuando supiera de las espinas que a ella le punzaban el corazón? ¿Qué cuando descubriese la miserable vida que arrastraba? ¡Oh! Para la niña era indudable: Fernando la sacaría de aquel suplicio; Fernando la salvaría a ella, y salvaría a su padre, y a todos. Indudable, indudable... Pero Isabel retardaba cuanto podía la revelación. Alentaba, además, el deseo, lleno de esperanza, de que un algo impensado, que ella no sabía determinar, milagroso, increíble, viniera de pronto a poner término a sus amarguras antes de que su novio las supiese por boca de ella o las adivinase en sus ojos...

En la calle, de ordinario sosegada y sola, notábase aquella noche ir y venir de alguna gente. Resonaban los pasos y se oían claramente las voces de los transeúntes. Isabelita sintió a doña Angustias salir de su casa, en compañía de unas vecinas que querían

ver con ella el paso de la cofradía de Triana por el puente que separa a Sevilla del populoso barrio.

—Al que lo ve una vez no se le olvida—se le oyó decir a la solterona.

—Por aquí, ¿verdad?—preguntó una voz desconocida.

—No, no: por aquí es más serca—respondió otra voz, que no era la de doña Angustias tampoco.

—¿Qué más da, si tenemos tiempo?

Y se alejaron sin dejar de hablar.

—Aún es temprano—pensó Isabel, acurrucándose. Poco después dormía.

Despertó sobresaltada a las tres horas. Había soñado mucho. "¿Qué hora será, Señor?" Corrió a la habitación contigua, en la cual estaba la ventana por donde ella pelaba la pava con su novio. Abrió las maderas, y vió que, aunque de noche aún, el día no debía de tardar. El sereno acertó oportunamente a aclarar sus dudas, cantando la hora. Eran las cuatro.

Aseguróse el mantoncillo sobre los hombros, se arregló el cabello con las manos, cogió la llave de la puerta, que sobre la cómoda estaba, y de puntillas para que nadie la sintiese, queriendo hacerse ingrátida e invisible, salió al patio. Miró hacia el cielo, lleno de estrellas todavía. El gato de la casa, único ser que velaba con Isabel aquella noche, ¡quién sabe con qué fines!, bajó las escaleras pausadamente bamboleando la barriguita y con la sorpresa pintada en sus ojos redondos. "¿Qué diablos era aquello?" Al reconocer a su amita, que tanto lo mimaba, lanzó un maullido débil, delicado y suave. Parecía decirle: "No esperaba verla a estas horas, pero me alegro." Isabel se llevó

un dedo a los labios, como para imponerle silencio al minino.

—Cáyate, Roelas—le dijo en voz muy baja. Y esperó a ver si alguien más la sentía. Nada; ni un rumor... Abrió la cancela después, dejola entornada, y principió a descorrer con temor y cuidado el gran cerrojo de la puerta. En esta operación invirtió algún tiempo, porque el pícaro del cerrojo rechinaba como protestando de que tan a deshora lo descorriesen. La madrecita sentía en el rostro toda la sangre de sus venas. Le latían con fuerza las sienes, y el corazón parecía que se le iba a saltar del pecho. Por fin abrió la puerta y salió a la calle. Nadie pasaba en aquel momento. Cerró por fuera y echó a andar.

Roelas, aprovechando la turbación de su ama, se arrojó también al arroyo en busca de aventuras galantes. Más de una vez había desaparecido de casa dos o tres días, y había vuelto luego con ojeras y con los bigotes cortados.

Acarició el rostro de Isabel, apenas puso el pie en la calle, un fresco húmedo y agradable que le despejó los sentidos. De pronto le asaltó una duda: "¿Había cerrado la cancela? Si la había cerrado, ¿cómo iba a entrar luego, Dios mío?" A punto estuvo de volver atrás; pero reflexionando que a nada malo había salido, siguió su camino adelante. ¿Adónde iba? Enca-minó sus pasos por una calle tortuosa y larga. En dirección contraria a ella venían unos muchachos del barrio. El miedo a ser reconocida y descubierta la obligó a meterse por la primera bocacalle.

Desconocía los sitios a aquellas horas, y llevaba el alma afanosa y turbada. No era dueña de sí. Anduvo perdida largo rato. Al pasar junto a las tapias de un

huerto, aspiró con delicia un fuerte olor de azahares.

—Ya sé dónde estoy—dijo.

Y apretó el paso.

Aunque nada quería ver ni oír, el espectáculo de las calles se entraba por sus oídos y por sus ojos. En una taberna disputaban a gritos. Un hombre salió desafiando burlescamente a otros, que allá dentro reían. Se topó con Isabel y le escupió una frase grosera. Las risotadas de los de dentro escandalizaron la calle. Poco después se detuvo con unos chiquillos que decían:

—¡La Cruz está ahora en la Campana!

—¡Vámonos por aquí y la cogemos otra vez en er Duquel!

A medida que se iba aproximando al centro de la ciudad, notaba en las calles mayor animación y bullicio. Algunos sevillanos corrían desalados, con gran prisa y urgencia, como no corren en ningún otro día del año, por ver una vez más la imagen que ya habían visto aquella misma noche en diferentes sitios. En todas las tabernas había luz y había gente. A lo mejor pasaba, también muy aprisa, un *nazareno* rezagado que iba a incorporarse a su hermandad, calado el capirote y al brazo la cola de la túnica.

Recatándose cuanto pudo, siempre temerosa de que alguien la reconociese y la censurase al verla, sola, llegó Isabel a la plaza de San Lorenzo. Avanzaba el día. En el alto cielo, de un azul violáceo, profundo y transparente, empezaban a desaparecer las estrellas más débiles. Hombres, mujeres y chiquillos, agrupados aquí y allá, sentados en los bancos de la plaza o en el suelo, o paseando en direcciones opuestas, esperaban al Señor del Gran Poder, que pronto debía

volver a su Casa. Isabelita buscó donde sentarse, y encontró un ladito en un banco, junto a un viejo y unas mujeres. El viejo trabó conversación. Sesenta años hacía que no faltaba uno, tal noche como aquella, a ver la entrada del Señor. Un año estuvo malo, impedido, y lo llevaron sus hijos en una silla. Al año siguiente pudo volver él mismo por sus propios pasos. Isabel correspondió a esta confianza contándole al viejo algunas de sus cuitas más íntimas.

—¡Ya viene ahí! ¡Ya viene ahí! ¡Ya está ahí la Cruz!—gritaron de improviso los chiquillos, encaramándose unos en los pilares que hay a la puerta de la iglesia, y otros en los árboles y en las rejas de las ventanas.

Y allí estaba, efectivamente. Abriéronse las puertas del templo con ruido, y dos largas filas de *nazarenos*, tapados los rostros y apoyados en la cintura los cirios, cuyas luces temblaban al beso del aire fresco del amanecer, seguían al que llevaba la Cruz, y fueron penetrando en el templo misteriosa y pausadamente, y como sepultándose en sus sombras. Y llegó el Señor del Gran Poder a su Casa, sobre ricas andas de talla, entre luces y flores, al hombro la pesada cruz, y volviéronlo de espaldas a ella para que diese cara al pueblo, y un hondo y sagrado silencio, mezcla de supersticioso temor y de unción religiosa, se extendió por la plaza toda. La madrecita, temblando de emoción y de fe, cayó de rodillas cerca de las andas de la imagen, fijos los anhelantes ojos en el dolorido rostro del Redentor.

Un campesino—a lo menos tal parecía aquel hombre—de tez cobriza y ojos claros, comenzó a cantar una *saeta* con voz aguda y limpia:

*Ya vienen las golondrinas
con su pico muy sereno,
pa quitarle las espinas
a Jesús er Nasareño.*

No había concluido, cuando empezó a cantar otra una hermosa muchacha que se ocultaba entre varias amigas. Y después el campesino otra vez, y luego un chiquillo con los brazos en cruz, y en seguida otro que estaba en lo alto de una ventana, y más tarde una mujer mostrando a su hijo. Resonaban las varias voces en el aire callado, solas, escuetas, disputándose llegar primero y más claramente a los oídos de Jesús.

Sintió Isabel un leve golpecito en un hombro. Volvió sobresaltada el semblante, y se halló con un ciego.

—¿Qué se le ofrese, hermano?—le interrogó con voz quedita.

—¿Me quiere usted poné frente ar Señor?—contestó el ciego.

—Venga usted conmigo.

Y el ciego aquél cantó con voz chillona, en que había muchas lágrimas:

*En la caye la Amargura
Cristo a su madre encontró:
no se pudieron hablá
de sentimiento y doló.*

Isabelita volvió a arrodillarse. Pedía sin cantar, las manos cruzadas sobre el pecho, los ojos rebosando lágrimas, la boquita seca, las mejillas llenas de calor. De su frente a la de la imagen, de su corazón al del

Nazareno, iban las palabras y los latidos por camino ideal, misterioso e ignoto. Ni escribiremos aquí aquellas palabras, ni pretenderemos desentrañar el oculto sentido, la fe extraña y ardiente con que brotaban del alma candorosa y pura de la sevillana.

La madrecita pedía, pedía... Pero pedía ofreciendo.

Cuando retornaba a su casa, enrojecidos los ojos de llorar, fatigosa la respiración, vivo el paso porque ya era de día, le dijo un muchacho que en ella reparó:

—Niña, si yora usted por un novio, eso tiene arreglo. Lerena, 4, vivo.

Más adelante, en una plazuela, encontró borracho perdido a un nazareno de capirote verde que, rodeado de unos cuantos chiquillos, les gritaba:

—¡Viva la Virgen de la Esperansa!

—¡Vivaaa!—repetía con estrépito su infantil auditorio, tirando por alto las gorras.

Y se trasladaban a otra esquina a gritar lo mismo.

Pasó Isabel por cerca de ellos, creyendo que no harían caso de su persona, y el borracho le arrojó el capirote a los pies, diciéndole a voces:

—¡Ole lo bonito! ¡Acostarse, niños, que ya ha salido er só! ¡No hay más Virgen de la Esperansa que usted, ni más sielo que usted! ¡Ole! ¡Y si le preguntan a usted que quién lo ha dicho, responda usted que Manuel Venegas!

Toda la fuerza que Manuel Venegas puso en su expresión le faltó a sus piernas, y por poco mide la calle con su túnica de penitente.

Apresuró más el paso la niña, y entró, al fin, en su casa desconcertada y trémula. Ya en el patio, cuando se cercioró de que aún todos dormían, res-

piró con descanso y alivio. Penetró sigilosamente en su alcoba, le dió un beso a Rosita y se acostó junto a ella sin desnudarse.

Un rayo de sol, entrando por la ventana que dejó abierta, la despertó luego dándole en la cara.



V

LA PRUEBA

*Aqueya firmeza tanta,
y aquel ponderao amor,
y aquel no vivir sin verme
¡qué pronto se te acabó!...*

Después de más de dos meses de ausencia, llegó Fernando Alfaro, el simpático Alfarito, el mozo pinturero y galante, a la ventana donde lo esperaba su novia, llena el alma de inquietud y deseo de verlo.

Es terrible fatalidad que las escenas entre novia y novio, a través de una reja andaluza, las haya presenciado siempre en comedias, novelas y cuadros, una Luna como una pandereta; porque el caso es que aquella noche había limpiado el cielo de estrellas la inevitable Luna de estos lances, y no vamos nosotros, por huir de un detalle, vulgar ya de puro repetido, a quitarla del firmamento de una sola plumada, traicionando así, no ya a la verdad misma, sino a nuestra escrupulosa conciencia. Sépase, pues, que era de no-

che, que la Luna imperaba sola y arrogante en lo alto del limpio cielo, y que la belleza suave del rostro de Isabel parecía agradecer su luz melancólica.

—¡Isabeliya!—dijo Fernando extendiendo sus manos hacia las de la niña, que ya les salían al encuentro.

—¡Dichosos los ojos, Fernando! Creí que te quedabas por ayá.

—No soy yo tan tonto.

—¿Cómo me encuentras?

—Más bonita que te dejé.

—Ya; eso sí. Disen que me he quedao muy delgada.

—De no verme.

—¡Ay, qué orguyoso! Pos tú estás más gordito. De manera que el no vernos nos hace el efecto al revés.

—Te equivocas: yo me he puesto más grueso de ayí acá, porque sabía que iba a verte en yegando.

—Fino siempre lo has sido. ¿Y estás ya bien de carnes, o te vas a marchá otra vez pa engordá otro poquito a la vuelta?

—Eso, tú me lo dirás; si te gusto así...

—A mí me gustas tú de toas maneras. Creo que me gustarías hasta vareando colchones. Y no hay na más feo.

Soltó la risa él, siguió la de ella, y las dos se unieron en el aire como antes se habían unido las manos. La dicha volvía. Estremeciase gustándola Isabel como paloma que abre al Sol su plumaje. Y viéndola Fernando y comprendiéndolo, se sintió de veras orgulloso, y sintió ese imponderable bienestar que se experimenta cuando el cariño, la confianza recíproca, la ausencia total de celos y el calor de las ilusiones funden en una sola las almas de dos enamorados.

¡Divina charla en que el pensamiento nada tiene que hacer porque el corazón no lo deja!

—¡Chiquiya, es que me vuelves loco! Te miro y me parece mentira que tenga yo la suerte de que me quieras tú. ¡Cuidado que eres presiosa! A mí tu padre no me la da; te ha robao de un cuadro. Como nadie podía temerlo de él, se quedó una noche en el Museo, y al verse solo dijo: "Aquí que no peço." Y se yevó la cara más bonita. Si yo me paresiera a San Juan, íbamos a salí en un paso por Semana Santa.

—Bueno, sí; ya sé que soy una pintura, o que te lo parezco, que es iguá. Pero ¿tú me quieres tanto como te gusto?

—¡Que si te quiero! Tienes unas preguntas más simples que las del Catesismo. Pideme que vaya a la Alameda de Hércules y le esté pegando de bofetás a uno de eyos hasta que me confiese que no hay cara como la tuya en España.

—¿Vuelta a mi cara, hombre? Si ya hemos quedao en que es una perfesión.

—Pideme...

—No, no; yo no te pido na. A mí me gusta que se me ofrezcan las cosas.

—¿Pos qué estoy haciendo más que ofreserte, fea?

Y sacando otra vez por entre los hierros las manitas blancas que buscaban las de su amigo, con una voz singular, temblorosa y velada, nueva aquella noche, le preguntó Isabel:

—¿Verdá que no me dejarás tú nunca?

—Nunca...—le respondió sorprendido el mozo.

La miró atentamente, y al observar su expresión dolorosa y que sus ojos se cuajaban de lágrimas, fijos en los de él, añadió:

—¿Qué tienes, nena? ¿A qué viene ese yanto? Pero, chiquiya, ¿qué te pasa?

—Me pasa... pasa...

Rompió a llorar la madrecita.

—Vamos, estoy viendo que eso va a sé una tontería; algún chisme que te han contao. Yo te juro... ¡No yores, por Dios!

Isabel procuró serenarse. Alfaro la contemplaba perplejo. "¿Qué sería?" Y mientras ella se enjugaba los ojos con el pañuelo, él retenía maquinalmente entre las suyas la otra manita de Isabel.

Por la acera de enfrente, y a buen andar, pasó un muchacho.

—Buenas noches, Alfarito y la compañía—dijo al pasar.

—Buenas noches, Manolo—contestó Fernando volviendo la cara y soltando la mano de su novia.

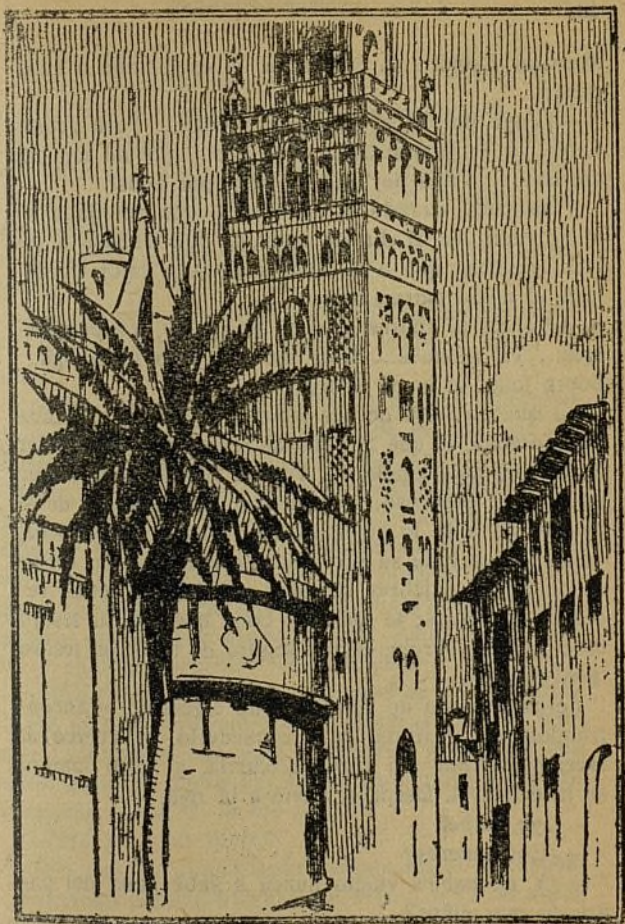
—¿Quién es?—preguntó ella.

—Uno de este barrio. Déjalo seguir su camino y dime por qué yoras, que me tienes con curiosidá.

Se lo dijo todo. Lo había pensado mucho y debía decírselo todo en cuanto se vieran. Había esperado a hablarle, porque ella en las cartas, "en no siendo cosas del quererse", ¡se explicaba tan mal!... "Además, lo escrito no se entiende nunca como lo que se oye. No se le ve la cara al que lo está disiendo."

Pintóle la situación dura y afflictiva por que atravesaba su casa; la vejez inútil de su padre, cansado; el hambre que empezaban a sentir sus niños... *sus hijos*... Sus hijos decía.

Alfarito la escuchaba lleno de interés, prestando al relato más atención quizás de la que él quisiera.



El embrujo imponderable de la
torre de la Giralda.

Mientras hablaba la muchacha, él exclamaba a cada paso:

—¡Vaya por Dios! ¡Vaya por Dios!... Pero ¿cómo había yo de figurarme?... Pero ¿por qué no me has escrito?... ¡Vaya por Dios! ¡Vaya por Dios!

Y después, cuando la atribulada niña se fijaba en el porvenir, en el día de mañana, refiriéndose a las tres criaturas que a su sola sombra y calor quedarían, el novio murmuraba:

—No, no te apures... tú no te apures. Ya pensaremos... ya veremos... Dios aprieta, pero no ahoga... Sobre todo, tú no te apures.

Lo que no salía de sus labios era lo que esperaba la madrecita, lo que le pidió al Señor del Gran Poder en aquella madrugada del Viernes Santo: el arranque gallardo y generoso; el abnegado ofrecimiento de sí mismo, de todo lo suyo, de su corazón, de su vida, de su fuerza y de su juventud; la confirmación heroica de tantas palabras de amor, deslizadas tantas veces en sus oídos; lo que ella creía que era su tesoro en el mundo, porque estaba segura de tener un tesoro igual para él.

Fernando sacó de su petaca un cigarrillo, y encontrándose sin fósforos para encenderlo, se acercó al sereno que por allí cerca discurría, y tomó lumbre en la del farol. Después volvió a la reja.

—Oye, Isabel.

—¿Qué quieres?

—¿Y no habéis vuelto nunca a sabé nada del padre de esos niños?

Isabel se hizo repetir la pregunta y luego contestó:

—Ni hemos vuelto a sabé palabra, ni queremos tampoco.

—¿Por qué?

—¡Mentira parese que me hagas tú a mí esa pregunta! ¿Nos conosemos de ayé por la mañana, Fernando? Ya sabes tú que yo no le deseo mal a nadie; pero, mira, ¡ojalá se haya muerto! Y Dios me perdone.

—Es que es muy cómodo...—apuntó Fernando sin determinarse a seguir.

—¿Qué es lo que te parese tan cómodo?—insistió ella.

—Eso de creá una familia y luego dá media vuelta y largarse, porque haya quien la cuide o quien la recoja.

Como si una mano de hierro le hubiese oprimido el corazón y arrancado las raíces de la vida, así escuchó Isabel aquellas palabras reveladoras. El desencanto, como nube negra, ensombreció momentáneamente su espíritu. Sintió congoja, sintió un supremo malestar, sintió herida su innata delicadeza, y se arrepintió de haber hablado. Fernando intentó darle vueltas a la misma idea, suavizarla con nuevas formas, quitarle gravedad y aspereza a la insinuación; pero ella le salió al encuentro resueltamente:

—Mira, Fernando, vamos a cambiá de conversación. Si ese mal hombre que hiso la desgrasia de mi hermana aparesiera por aquí y quisiera yevarse a mis niños, como no fuera por la fuerza o porque viniera la justicia con é, no se los yevaba.

—Pero ¿no son suyos?

—No, que son míos—replicó secamente la muchacha. Fernando pretendió echarlo a broma para no agravar la situación.

—Pero chiquiya, jeso es sé más papista que el Papal Bueno está que los quieras bien, que al fin y al cabo

sangre de tu casta yevan en las venas; ¡pero si parese su padre!... ¿vamos a poné una escuela tú y yo? ¡Porque se conose que tú no cuentas con los nuestros!...

—Mientras a ti no se te pida nada para los otros...

—contestó, dolida, Isabel.

La réplica hirió al galán en lo más vivo. No pudo contenerse, y saltó de mala manera:

—Mira, Isabel, yo no tengo relaciones con tus sobrinos, sino contigo nada más. A mí tú, ¿lo oyes bien?, tú, tú me pides lo que quieras; pero sólo tú y para ti. ¿De cuándo acá...?

—Concluye.

—No; ¿para qué? Vamos a reñi.

—Por eso te dije yo antes que cambiáramos de conversación.

—Pos cambiemos. Por mí que no quede.

—Ya es un poco tarde. Vale más que nos despida-mos hasta mañana.

—Como quieras tú.

—Sí, sí; hasta mañana.

—¿Por la tarde, o por la noche?

—Cuando más te convenga.

—¿Y si me conviene las dos veces?

—Las dos veces.

—¿Pero te quedas enfadada conmigo?

—No... ¿Por qué, tonto? Si yo me hago cargo; ¿tú qué tienes que ve con esas criaturas?

—Hasta mañana entonses. Es que no sabes lo que me disgustaría...

—Que no, hombre, que no; duerme tranquilo. Hasta mañana.

—Hasta mañana.

Hundióse ella en las sombras de la habitación y echó él a andar por la calle arriba. A los pocos pasos se detuvo. "¿La habría molestado? ¿Habría estado demasiado duro tal vez? No, no; ciertas cosas era preciso cortarlas de raíz si no se quería que retoñasen luego." No obstante estas razones, la inquietud le alteraba el alma. Anduvo sin querer andar unos cuantos pasos y se detuvo nuevamente. Y pensando que una vuelta a la ventana en tal punto sería tal vez hábil y oportuna, y que con cuatro palabras tiernas y un par de piropos desarrugaría la niña el entrecejo y dormiría mejor, tornó de nuevo a ella.

—¡Isabell! ¡Isabell!—dijo en voz muy queda, escuchando con los ojos la alcoba. Y como nadie le respondiese, repitió lo mismo en alta voz.

Entonces escuchó un sollozo.

Torció el mocito el gesto y emprendió decididamente el camino a su casa. Ella y él apenas durmieron aquella noche.



VI

LA FUERZA DE LA SANGRE

*Las estreñitas der sielo
y las arenas del mar,
se paresen a mis penas
en lo largas de contar.*

Ay, Dios de Dios! ¿Qué podrá llevar ya la sorpresa a nuestro conturbado espíritu? ¿Qué nueva nos revelarán los humanos que a nosotros se nos antoje absurda e increíble? ¿Cuál será la torre, cuál el castillo firme en sus cimientos? ¿Cuál la roca que no deformen o destruyan las borrascas del mar?

¿Pues no hemos visto que Isabel y Fernando, sin morir, acabaron un día sus amores?

Vino el fuego, y abrasó la mies en los campos; creció el río, y encharcó los prados y los valles; cayó el pedrisco, y tronchó y deshojó las flores de los huertos; asomó la vida, bárbara y egoísta, y malhirió al amor...

Así es la verdad, y el narrador no tiene otro deber

que el de escribirla. La madrecita dulce y su apuesto galán se despidieron una noche y no se dijeron "hasta mañana".

Entrevistas análogas a la que conocemos ya, se sucedieron agravándose, y en pocos días, ella desencantada y él mohino, aquellas dos almas que parecían inseparables se fueron distanciando, distanciando...

Corriase por el barrio, con algunos visos de verdad, que los padres del mozo celebraron y aun estimularon aquella ruptura, porque nunca habían visto con buenos ojos que el tesoro que en forma de varón les deparó la suerte loca, uniese su vida a la de una muchacha tan poquita cosa como Isabelita Jiménez.

—Es muy mona y muy modosita—decían—: ¡Pero de ella a lo que se merece nuestro Fernando!...

Faltábale tiempo a la madrecita para llorar su pena amorosa. Reclamaban toda su atención imperiosamente sus niños y su padre, y era fuerza relegar a último término al amante ingrato, por más que su recuerdo pugnara a todas horas por enseñorearse de su mente.

Don Antonio hallábase cada día más desquiciado y más inútil. No se podía contar con él para nada práctico. Un compañero del Museo le terminó dos copias, comenzadas por él tiempo hacía, y don Antonio se las malvendió a unos labradores de un pueblo. Este fué el último pedazo de pan que llevó a su casa. Después se dió el pobre hombre a discurrir tan extraños proyectos de salvación, tan desatinadas quimeras, negocios tan inverosímiles, que la niña temió que, con la falta de vista y de pulso para pintar, anduviera en camino de perder también el juicio.

Ella, por su parte, no daba paz a su cabecita. Se

acordó de unos parientes cercanos de su papá, no mal acomodados, que vivían en Córdoba y que siempre habían mostrado hacia ella predilección y simpatía, y les escribió contándoles su cuita presente y demandando consejos y recursos. Los parientes no contestaron. "Estarían en el campo, sin duda." Volvió a escribirles a los pocos días, y entonces recibió de ellos una carta con un billetito de cinco duros. "Tú no sabes lo que sentimos tu desgracia. Ahí va eso para que les compres a los niños lo que necesiten. Está todo muy malo. No llueve. Paciencia y confianza en Dios."

Otro pariente de su madre, juez en un pueblecillo de la costa de Málaga, a quien también se dirigió Isabelita como a los anteriores, fué algo más generoso y más explícito.

"Yo no tengo una peseta, hija mía; pero ni una peseta. No tengo más que muchas ganas de emprenderla a tiros con alguien, sin excepción de mi mujer, y doce hijos que, desgraciadamente, todos se parecen a mí. Dinero, pues, no me pidas; pero como sé lo que es el hambre y lo que es la miseria, y te quiero sin conocerte, y me da lástima que a tus pocos años te veas convertida en madre de familia sin haberlo comido ni bebido, ¡qué demonio!, me haré cuenta de que mi mujer ha salido una vez más por peteneras: mándame a uno de los *chavales*, y aquí se criará con los míos, y aquí lo enseñaremos, ya que no a otra cosa, a pescar boquerones y a tirar la atarraya."

La carta, que venía toda en este tono, a la madre-cita la hizo a la vez llorar y reír. Siempre le había oído decir a su madre que el tío Jerónimo era un tipo

de gracia, y en el fondo bueno como el pan. Al final de la carta decía:

"¿Por qué no visitas a *doña María P...*, la hermana de tu madre? Esa es rica, gracias al ladrón de su marido—¡mal tiro le den!—y tiene el deber de socorrerte."

El apellido que le puso el tío Jerónimo a *doña María* no era, naturalmente, el suyo, ni se puede escribir aquí. El diccionario lo califica de palabra deshonestas y torpe.

Doña María Rastrojo, que así se llamaba en realidad, era efectivamente tía carnal de Isabel, y vivía en Sevilla en la calle de Santa Clara; pero no se trataban. Había hecho buena boda, se había empingorotado mucho, y ella, que siempre se mantuvo a distancia de toda su familia, rompió abiertamente con Isabelita y los suyos cuando Remedios se casó con el novillerillo.

—Para mí esa familia ha muerto—exclamaba con acento de dignidad, llenándose la boca.

Y ocurría que todo pariente de ella o de su marido, que se quedara en este mundo sin más capital que el día y noche, *había muerto* para los dos.

Don Antonio, cuyo genio era pacífico por lo general, nunca pudo oír hablar con paciencia de aquellos redomados egoístas. Desbordábasele la cólera del pecho, y los ponía de vuelta y media. Decía él, y tenía razón, que en ninguno de los apuros de su larga vida habían acudido a ofrecerle, no ya socorro, pero ni siquiera el consuelo de un buen afecto. Y contaba el triste, abierta ya la espita al desahogo y sin pararse en barras, que una finca que tenía su mujer en el término de Puerto Real, y que en derecho le perte-

necia, se la habían arrebatado a él y a sus hijos mediante chanchullos y componendas curialescos. Empezaba y no sabía concluir; pero cuando acababa, decía:

—Antes me dejo cortar esta mano que me da de comer, que pedirle a esa gente ni la salvación de mi alma.

Isabel conocía de sobra este odio de su padre, que disculpaba y compartía; pero la indicación del tío Jerónimo le hizo pensar... "¡Quién sabe!... ¡Hace ya tanto tiempo!... Además, son viejos; no tienen hijos... Puede que los coja en una buena hora. Por mí no ha de quedar." Y pidiéndole a la afectuosa doña Angustias un mantón decentito, para no ir como una mendiga, sin decirle a su padre lo que iba a hacer, llamó una mañana a la cancela de su tía la rica.

Cuando el matrimonio, que almorzaba tranquila y santamente, se enteró de quién había llegado a su puerta, quedóse cuajado, como vulgarmente se dice. Doña María, una vieja que parecía una escoba, con peluquín y gafas, alzó la cabeza y miró, llena de estupefacción, a su marido. Este, don José, que, fuera es declararlo, almorzaba en mangas de camisa y era un señor de cabeza redonda, color encendido y pelado al rape, correspondió con otra mirada de asombro a la de su respetable consorte. El caso no era para menos. En el ritmo de la vida ordinaria, regular, monótona, acompasada, surge de imprevisto lo inesperado, lo anormal, lo estupendo, y trastorna y aturde.

—¿Qué hacemos?—se preguntaron aquellos cuatro ojos más abiertos que nunca.

Y otra persona que había sentada a la mesa, almorzando también, ordenó a la criada con voz grave, respondiendo a aquella mirada de perplejidad:

—Dígale usted a esa joven que suba.

—¿Que suba?—preguntó la dama.

—¿Que suba?—repitió don José.

—Que suba, sí; que suba—insistió con firmeza la persona que había dado la orden.

Y la criada, desde un balcón de los corredores, le dijo a la niña, que aguardaba intranquila en el patio:

—Suba usted, que están armorsando.

Era aquella persona que mandó subir a Isabelita un hermano de leche de don José, llamado don Rufino. Vivía con el matrimonio en grande intimidad, y era muy estimado de ellos por sus buenas prendas personales, si bien en la soledad de la alcoba doña María y su compañero comentaban, entre elogios poco sentidos y débiles censuras cariñosas, aquella hidalguía caballeresca, aquel desprendimiento sin traba, aquella generosidad, siempre en ejercicio, que hacían de don Rufino, para ellos, como un personaje legendario. Doña María solía decir de él, retratándolo con una frase:

—Es un santo varón: comulga y confiesa todos los días; pero tiene un agujero en la mano.

Don Rufino era largo y huesudo.

Entró la muchachita en el comedor, blanca como la cera y temblando de cabeza a pies. Con su actitud encogida parecía demandar perdón. Sus negros ojos brillaban en la palidez del semblante.

—Buenos días tengan ustedes. ¿Cómo están ustedes?

—Bien, ¿y tú?—contestó la vieja.

—Ya usted me ve.

Hubo un silencio largo y embarazoso. Ninguna de las tres personas sentadas a la mesa miraba a Isabe-

lita. La criada que servía el almuerzo sí la examinaba con descaro.

—Siéntate—dijo don Rufino.

Y se sentó la niña en una silla, sin moverla de donde estaba.

—Con permiso.

—¿No tomas queso, Pepe?—preguntó la señora.

—Ya he tomado fruta—replicó don José. Y encarándose con su sobrina, dijo: —¿Qué te trae por aquí? Sepamos.

Contó Isabel con sencillez y humildad la historia triste de su casa. Don José y doña María la escuchaban callados, moviendo alternativamente la cabeza y consultándose y comentándola con los ojos. A los labios de él asomaba una sonrisa impertinente, que turbó más de lo que estaba a la niña. Habíase pasado la noche entera preparando su discursito, para ver si les llegaba al corazón; pero, al encontrarse frente a frente de aquellas caras, perdió toda serenidad, olvidó lo pensado y habló con zozobra, desordenadamente, llorando casi... Acabó de hablar y hubo otro silencio.

—Pero, vamos a ver—saltó la vieja, de repente—. ¿Tu padre no está para nada? Porque si no se puede pintar, se puede trabajar en otra cosa.

—Ya lo ha intentado él, aunque inútilmente. Está muy viejo; si lo viera usted no lo conocería. El pobrecito mío no es su sombra.

Entonces don José intervino en la conversación para retratarse de una pincelada:

—Oye—le dijo a Isabel con socarronería—, pues ese mantón que traes tú no es de pedir limosna.

Isabel se puso encarnada hasta la frente, y sin voz apenas contestó:

—Este mantón no es mío: es de una vesina.

—¡Ya!—replicó don José con inflexión de duda, gozándose en la turbación de la pobre muchacha.

Tentada estuvo ella de levantarse en aquel punto y, diciendo "ustedes perdonen", salir de estampía y plantarse en la calle. Pero había ido a pedir, a suplicar, y se contuvo, apurando su cáliz.

Don Rufino... ¡Oh! Don Rufino pasaba por un especial estado de alma. No bien comenzó Isabelita su triste relato, los dedos índice y pulgar de la mano derecha de nuestro hombre penetraron como tenazas en el bolsillo correspondiente del chaleco, y allí toparon con un duro. ¡Un duro! Don Rufino se estremeció, porque se conocía. Cuando advirtió que algunas lágrimas asomaban a los ojos de la muchacha y otras caían por su garganta, nublándole la voz, pensó en un raptó de generosidad:

—Se lo doy.

Después lo meditó mejor y soltó la moneda. A poco sacó los dedos del bolsillo y se atusó el bigote. "La verdad era que con cinco pesetas nada iba a remediar."

—¡Ay, ay!—exclamaba la vieja increpando a quien menos debía—. ¡Ahora me daréis la razón! Pero nadie se acuerda de Santa Bárbara hasta que truena. Tu padre ha sido un manirroto toda la vida, y tu madre, que en gloria esté, no le iba a la zaga. De tu hermanita no quiero hablar, porque me va a hacer daño el almuerzo. Así os veis, así os veis.

Y don José, redondeando la idea de su señora, añadió:

—Quien siembra vientos recoge tempestades.

Don Rufino parecía abstraído. Y en rigor lo esta-

ba. Tenía él cosa más seria en qué pensar que aquellos tiquismiquis de familia. Entre su conciencia y su duro se reñía una feroz batalla. Habían vuelto los dedos a entrar en el bolsillo del chaleco, y a palpar la moneda, y habían vuelto a salir como entraron. Y así varias veces. Ya iba él poniéndose un poco nervioso. Por fin tuvo una inspiración, y considerando que toda cantidad es divisible, dió con una fórmula que aquietó su alterado espíritu. Pensó:

—Le daré tres pesetas.

Mas cuando la madrecita hablaba con amor y ternura de la suerte que en esta vida habían de correr los que ella nombraba sus hijos, sin amparo de nadie, comprendió don Rufino cuán frágiles y quebradizas son ciertas inspiraciones momentáneas, puesto que acudió a su pensamiento esta otra idea:

—Le debo dar el duro.

Un cuarto de hora más se prolongó la angustiosa visita. Ruborosa, llena de indignación, bebiendo sus lágrimas, oyó la niña cuanto aquellas almas frías y ruines quisieron decirle. Al cabo se levantó resuelta.

—¿Qué es eso? ¿Te vas ya?

—Sí. Ustedes dispensen si los he molestado. Creía yo que en un caso así debía haber venido a su casa. Por eso he venido... Que ustedes sigan bien...

Y salió...

—¡Tan Quijote como su padre!—gruñó don José en cuanto volvió la espalda la mocita.

—¡Jesús, Jesús y Jesús!—exclamó la dama llevándose las manos a la cabeza.

Don Rufino, preocupado y nervioso, se levantó de un salto y se despidió secamente:

—Hasta luego.

—¿Vendrás a comer?

—Es posible. Hasta luego.

Marido y mujer se miraron. Uno de los dos dijo:

—Hay que conocerlo: ése va a hacer una locura.

Y en efecto, don Rufino cogió su sombrero, bajó las escaleras a grandes zancadas y se echó a la calle. Miró a un lado y a otro: ya había desaparecido la madrecita. Hizo un gesto de gran contrariedad. Vaciló unos instantes; pero, ¡qué diablo!, no era cosa de ponerse a buscarla como un podenco, olfateando el rastro. Bien sabía Dios con qué intención bajó él las escaleras tan aprisa. Siguió su camino, y al pasar por junto a una iglesia le asaltó de improviso tan gran remordimiento, le acusó tan duramente su conciencia, que no pudo más. Entró en el templo y dejó el duro en el cepillo de las ánimas.

Un monaguillo que lo vió, gran conocedor del mundo y de los hombres, asombrado de la limosna, pensó mientras apagaba las velas de un altar:

—¿Será falso?

VII

EL AMOR SE DEFIENDE

*Ilusiones nos hasemos
de separarnos tú y yo,
y hay un hilito invisible
que nos amarra a los dos.*

Es la casualidad una gran amiga del amor. Y decimos esto, no por prurito sentencioso—Dios nos libre—, sino porque vamos a narrar ahora tres lances fortuitos, que vinieron oportunamente a enderezar el torcido curso de las aguas, las cuales corrían turbulentas entre áspera maleza.

Una mañanita de mayo, fresca y agradable, hallábase Fernando Alfaro a la puerta de una taberna famosa, muy cómodamente sentado y paladeando un *chatito* de manzanilla de la casa. Acertó a pasar por allí, vagando distraído, un hombre viejo y pequeñín, que por ser muy corto de vista lo miró con alguna insistencia, como queriendo reconocerlo. Advirtiéndolo el mocito y se levantó resueltamente a darle la mano.

¡Don Antonio!

—¡Fernandito! ¡Digo! Ya desía yo: a mí me es conocida esta cara. Pero estoy perdido de la vista.

—¿Adónde se va por ahí?

Don Antonio se encogió de hombros. ¿Sabía él si quiera adónde iba?

—¿Va usted a tomarse una copa conmigo?

—Si no bebo, hijo de mi alma.

—Un día es un día. Siéntese usted.

Y tocó las palmas y ambos se sentaron frente a frente.

—Sea como tú quieras. ¡Je, je! A mis años, me vas a pervertir. ¡Je, je!

De la taberna salió al sentir las palmadas un chico, pelado al rape y con dos orejas como dos asas, el cual, con suma diligencia y desenvoltura, les sirvió lo que le pidieron.

Ponía empeño Fernando en demostrarle afecto al viejo, y éste, a su vez, aceptó la copa y el palique, porque no se creyera el mozo que le concedía demasiada importancia a la terminación del noviazgo con Isabel. Don Antonio ignoraba la verdadera causa de la ruptura entre los amantes, y creía de buena fe que aquello se acabó como tantas relaciones amorosas acaban en el mundo: por celos, desdenes o desavenencias más o menos pueriles.

—¿Y ahora qué hace usted, don Antonio?—le preguntó Fernando, sin saber la tecla que tocaba—. Me han dicho que ya no va usted al Museo.

—No, al Museo no; ya no voy. ¿Para qué? Me es imposible trabajar. Pero no creas tú que encojo el hombro. Me dedico a otras cosas, ¿sabes?

Y con su mano temblorosa y flaca se revolvió, más de lo que estaban aún, las descuidadas barbas.

Observó Alfarito con pena el raído pelaje de su amigo, e iba a dirigirle otra pregunta, cuando el viejo pintor, con expresión extraña, le interrogó, poniéndole una mano en un hombro:

—¿Tú conoses al arsobispo?

—¿Al arsobispo? De vista nada más. Pero tengo quien lo conozca. ¿Por qué?

—Porque ando aquí a vueltas con una idea, que si cuajara y me ayudasen a yeverla a cabo, me ibas a ver arrastrando coche.

—¿De veras, don Antonio?

—Como lo oyes, Fernando. Te la diré, pero con toda reserva, ¿estás? porque si no, luego estas cosas corren y las aprovechan los tunantes, y uno se queda nada más con la gloria, que no le da jugo al puchero.

Escuchábale Fernando lleno de compasivo interés. Hubiera él deseado que el proyecto del viejo fuese cosa hacedera y fácil, para prestarle ayuda si podía. Y eso que la pregunta a propósito del arzobispo no le dió la mejor espina sobre el particular.

Don Antonio continuó:

—Tú sabes, Fernandiyo, que aquí, en casi todas las iglesias, desde la catedral a Santa Paula, y desde San Gil a la Caridá, hay una enorme riqueza en cuadros antiguos; verdaderas joyas de los maestros sevillanos.—Y al decir esto se descubrió respetuosamente—. Pero cádate que vienen los extranjeros a admirarlos, y tienen que andar como asacanes de la Seca a la Meca, de un barrio para otro, en busca de un Muriyo o de un Valdés Leal, ¿tú me comprendes? Y digo yo: ¿no sería un gran negocio sacar de las iglesias todos esos cuadros y reunirlos en una

exposición, a duro la entrada, por ejemplo, donde con buena luz y toda comodidá pudieran ser vistos por el mundo entero? ¿Eh? ¿Qué tal?

Hablaba el pobre viejo con entusiasmo y calor, como quien expone una idea luminosa, con la cual se halla encariñado. Vacilaba Fernando al oírlo entre la compasión y la risa, pero venció la compasión. Vió claramente que era aquello un *ramo de locura*—como dice un cantar del pueblo—, y no se atrevió a objetarle nada.

—¿Qué te parese? ¡Te has quedado con la boca abierta!

—Algunos inconvenientes encontrará usted; pero...

—¿Verdá que es buena idea?

—Sí, sí; no es mala.

—Pues por Dios te pido que no se la cuentes a nadie.

—Descuide usted.

Enardecido el viejo por la favorable acogida que el muchacho había dado a su pensamiento, pegó la hebra y le expuso con creciente entusiasmo otros planes más disparatados aún. Alfarito creyó que lo más cristiano era despedirlo.

—Don Antonio, por mí no se detenga más tiempo; no vaya a sé tarde para usted.

—Es verdá, muchacho; rasón tienes. Me estará esperando aqueya tropa. Tú, como ya no vas por ayí...

Entonces Fernando no pudo menos de preguntarle:

—¿Está buena Isabel?

—Demasiado buena está la pobresita.

Dijo, y echó a andar. Alfaro lo miró alejarse hablando solo. Después se volvió a sentar, pensativo.

—Demasiado buena está la pobresita—repitió mentalmente. Y la frase le zumbó en la cabeza largo rato.

La verdad era que el muchacho no se hallaba contento de sí. Hubo en su riña con Isabel algo de fuga y cobardía, que, pasado el primer engaño del egoísmo, pudo ver con luz clara. Enojábale su poca airo-sa situación, y si mucho le dolía, de una parte, el renunciar a aquel cariño que en su vida había echado raíces, no menos le escocía y le mortificaba, de otra, el imaginar cómo le juzgaría Isabel.

—No la quiero, no la he querido nunca—se decía a sus solas. Pero añadía luego—: Pues si no la quiero, ¿por qué no pienso más que en eya?

Con sus padres y con sus amigos no deseaba sino hablar del caso a todas horas; pero siempre fingiendo cierta indiferencia y frialdad, y procurando muy hábilmente que la conversación partiese de cualquiera menos de él.

Un antiguo amigo, casado a los veinte años, y con seis hijos vivos y cuatro muertos, le había dicho más de una vez:

—No seas bárbaro y no te ahorques. Casarse, ya está mal; pero casarse para cargar con tres niños de otro... ¡vamos, hombre! Vale más que te eches a la vía y que te coja el tren.

Ello es, en fin, que el alma de Fernando Alfaro sentíase pesadosa e inquieta.

Una tarde, algunos días después del palique con don Antonio, al doblar el mocito una calleja de las de su barrio, vió una muchacha que en dirección con-

traría venía. ¡Dios del cielo! ¡Era ella! Se reconocieron de lejos. La muchacha vaciló un instante; pero como en todo caso no era ella quien debía cambiar de camino, siguió el que llevaba. Detúvose él pálido y agitado, y esperó a que pasase. Iba la niña con la vista fija en el suelo, temblándole el color en la cara, inseguro el paso. Al cruzarse con el galán no pudo mandar en sus ojos y lo miró sin verlo.

—Adiós, Isabel—fué a decirle Fernando. Pero le faltó la voz y no se lo dijo.

La mocita avivó su andar y desapareció prontamente. El hizo intención de seguirla. Dió dos pasos y se paró otra vez. ¿Qué era lo que intentaba? Sacó el reloj y no miró la hora; relió un cigarrillo y lo tiró sin encenderlo; volvió a andar en la dirección que llevaba la niña; volvió a detenerse; tropezó, se le cayó el sombrero, y entonces oyó las risas frescas de unas muchachas que desde una azoteilla próxima habían visto la escena.

—Estamos contentas, ¿eh?—exclamó Alfaro levantando la cabeza con mal humor.

—Más que usted, por lo menos, que parese que va a suicidarse—replicó una de ellas.

Siguió andando sin rumbo. Vagó por las calles apesadumbrado y sombrío. Era cerca del anochecer. Tropezó con un farolero.

—¿Va usted siego, amigo?

—¿Y usted, cómo va?—contestó el farolero, rematando con una enérgica interjección.

Al cruzar por una plazoleta oyó risas y voces infantiles:

*Yo me quería casá
con un mosito barbero...*

Recuerdo análogas escenas, acompañadas en su memoria del recuerdo de horas felices. De uno de los bancos de la plaza levantóse de pronto una figura que fué hacia él. Como la luz era ya escasa, tardó en reconocerla.

—¡Doña Angustias!

—Yo mismita, hijo mío. El que usted no sea ya vesino de mi caye, no es razón pa que no me salude. Ha pasao usted por mi laito sin desirme na.

—Porque no la había visto; se lo juro.

—¡Cualquiera se fía de los juramentos de usted!

Sintió la pulla, y dijo para su capote:

—Esta flor le faltaba al ramo—. Y luego, en voz alta—: Bueno, y ¿qué hay? ¿Qué hay?

—Eso, usted, que anda solterito y que se divierte.

—¿Para qué hablar de cosas frívolas, del tiempo, del verano, que ya se acercaba; de las pasadas fiestas, de nada, en fin, si allí no había más que un tema de que tratar? Doña Angustias lo afrontó sin rebozo:

—¿Hase mucho tiempo que no ve usted a Isabelita? Mentira parese, ¡pero está más guapa!

—Hase un siglo que no la veo—contestó él tímidamente.

—Pos de ocuparme de eya vengo yo.

—¿Sí?

—Sí. Como mi hermano tiene fábrica de mantones y la pobresita se ha desido a trabajá...

—¿A trabajá?

—¡Clarol! ¿Qué va a hasé la inosente con esa carga de familia y sin más amparo que el que quiera vení del sielo? ¿O se ha creído usted quisá que eya

tiene un cajón de donde sacá el dinero, como usted en su tienda?

Fernando ya no oía nada de esto. Se le agolpó la sangre en el rostro y sintió un malestar y una angustia invencibles. La mujer que él había querido iba a trabajar, mientras él paseaba su ociosidad presuntuosa por Sevilla. Le dió maquinalmente la mano a doña Angustias y le volvió la espalda, dejándola con la palabra en la boca. La señora no halló mortificación para sí en aquel despego aparente. Al contrario, sonrió viéndole marcharse, y luego murmuró:

—Más *daño* está de lo que él se figura.

Fué para Alfaro aquello una sugestiva revelación. Ni su amor propio herido, ni las inquietudes que la ausencia de la persona querida trae consigo siempre, ni el trajín con que torturaba su imaginación buscando en vano disculpa airosa a su conducta, le habían permitido fijarse ni ver claro en la de su novia.

Aquella tarde, sí. La idea del trabajo de la madre-cita, trabajo de sacrificio, trabajo de abnegación indecible, le sacudió el espíritu, avergonzándolo primero e irritándolo después contra sí. Y evocaba en su memoria, recreándose en ella con remordimiento, la tierna figura de la niña, callada y humilde, generosa y valiente, que arrostraba con serenidad una vida en que habían de morir primero todas sus ilusiones amorosas, y en que habían luego de consumirse estérilmente su belleza y su juventud. Y pensaba que todo ello, con ser tanto, lo aceptaba la muchachita con íntimo gozo, con delectación incomprensible para él, sin una protesta, sin un grito de rebeldía contra

su triste suerte, sin más premio que la honda y pura satisfacción de su alma buena.

—¡Cuánto vale!—murmuró Fernando, secándose disimuladamente los ojos. Y añadió después, casi en voz alta—: Sobre todo, si se la compara conmigo.

A

hasta

Una

un air

mía la

1900

Lleg

bitacio

una n

VIII

FINAL

*El día que tú nasiste
cayó un cachito del sielo,
y hasta que tú no te mueras
no se tapa el agujero.*

Acabemos. Ya cansa la pluma en la mano, como cansados estarán los ojos del lector que haya tenido paciencia para seguirnos hasta aquí.

Una noche de junio, en que soplaba perezosamente un aire templado y suave como aliento de nido, dormía la madrecita a la pequeñuela cantándole la nana:

*Esta niña chiquita
no tiene madre:
la parió una gitana;
la echó a la caye.*

Llegaba hasta ella, por la abierta ventana de la habitación contigua a su alcoba, el penetrante aroma de una magnolia que en un jarro de agua había puesto



La luz del alba les sorprendió en la reja.

la veci
tornan
res? Y

En
unos p
dieron
toda e
ron lo
madre
apode
no al
capar
fuerza
se que
vantó
ser vi
a la m
allí.

—Is
La
reja,
llorar
Fen
venta

La
—
—
—S

la vecina al balcón. Isabel lo aspiraba con delicia, entornando los ojos. ¿De qué le hablaban aquellos olores? Y volvía a cantar:

*A dormir va la rosa
de los rosales;
a dormir va mi niña,
porque ya es tarde.*

En el silencio de la noche resonaron en la calle unos pasos vivos, fuertes, inconfundibles, que suspendieron la canción en su garganta. Abrió los ojos, y toda el alma puesta en los oídos escuchó. Se acercaron los pasos, y alguien se detuvo en la ventana. La madrecita sintió un frío intenso, y de su cuerpo se apoderó un temblor nuevo para ella. Llevóse una mano al corazón, que parecía un loco luchando por escapar de la jaula. Sentía sus latidos con la misma fuerza que antes había sentido aquellos pasos; dijérase que eran los unos el eco lejano de los otros. Se levantó de junto a la camita de la niña; y segura de no ser vista, desde las sombras en que se hallaba miró a la reja, tantas veces testigo de su ventura. Estaba allí.

—Isabel... Isabel...—articuló una voz arrepentida.

La figura de la niña apareció de improviso tras la reja, y se la vió cubrirse el rostro con las manitas y llorar. Hablar no pudo.

Fernando habría querido arrancar los hierros de la ventana y estrechar a la madrecita entre sus brazos.

La madrecita dijo al fin:

—¿Querrás creé que te esperaba?

—¿Me esperabas?

—Sí.

—¿Me perdonas?

—Sí.

—¿Me quieres?

—¿No te he dicho que te perdono?

Y entre quejas de amor, y protestas de arrepentimiento, y palabras de dicha, y juramentos de firmeza, y llanto de alegría, y fuego de pasión exaltada, charlaron, charlaron...

Cantó el ruiseñor, cantó la alondra, y la primera luz del alba sorprendió en la reja a los enamorados dándose un beso que había de unir sus vidas para siempre.



El Cuento Azul

EJEMPLAR: 40 CÉNTIMOS

PRECIOS DE SUSCRIPCION

Hispano-America		Otros países	
Año.....	Pesetas 20	Año.....	Pesetas 34
Semestre...	» 10	Semestre...	» 20
Trimestre..	» 5	Trimestre..	» 10

===== PAGO ANTICIPADO =====

LOS NÚMEROS ATRASADOS SE VENDEN
AL MISMO PRECIO QUE LOS CORRIENTES

CONDICIONES DE VENTA

Los pedidos deberán venir acompañados de su importe; y los del Extranjero, salvo Portugal y América y sus posesiones, del 10 por 100, además, para gastos de envío.

Los pagos se efectuarán por giro postal, en cheque a la vista sobre cualquier Banco de Madrid, en sobre monedero de valores declarados, contra reembolso donde se halle establecido este servicio o en sellos de Correos, cuando el importe neto no exceda de diez pesetas.

PRENSA MODERNA

A. AGUILERA, 58

MADRID

APARTADO 8.012